

obstante, nos es bien conocida: hasta 1609 fué más prudente que osada, más práctica que aventurera, más amiga de los resultados inmediatos que de las lejanas especulaciones. En la conversación que en 17 de octubre de 1609 tuvo con Lesdiguières, prometíase Enrique IV, si vivía diez años más, llevar á feliz término la boda del Delfín con la heredera de Lorena y de su hija mayor con el primogénito de Carlos Manuel, la conquista de Génova y la entronización en aquella república del duque de Anjou, su hijo segundo, y acaso también el matrimonio de su segunda hija Cristina con un infante de España á quien se daría la soberanía de una parte de los Países Bajos.

Todas estas aspiraciones no eran fácilmente realizables dadas la mala voluntad del duque de Lorena y la oposición de España; pero eran posibles, al paso que no lo era el Gran Plan.

En los archivos de las potencias católicas y protestantes no hay vestigio alguno de proyecto de trastorno semejante; por esto Sully, para suplir la falta de documentos, unas veces deslizo en las piezas auténticas frases relativas al Gran Plan, y otras fabricó cartas enteras que hablan mucho de él, y hasta inventó una embajada á Inglaterra, en 1601, para tener ocasión de exponer las ideas de Isabel y de Enrique IV sobre la modificación del mapa de Europa (1).

El Superintendente era hombre de gran imaginación, según se ve por la inexactitud de sus cifras; protestante calvinista, pertenecía á un partido que durante mucho tiempo había soñado con revoluciones y cambios de dinastías, con guerras y conquistas. Ya en tiempo de Carlos IX, Juan de Ferrières ofrecía á la reina madre hacer al duque de Anjou rey de Inglaterra y de los Países Bajos, á Carlos IX emperador de Alemania, y al duque de Alenzón rey de Nápoles ó, por lo menos, príncipe de Génova. La Noue, más respetuoso con el orden establecido, habíase limitado, en los discursos políticos y militares, á proponer un plan de cruzada contra los turcos; pero de tal manera se había preocupado de los detalles de la empresa, que indicaba el número de jinetes, de infantes, de zapadores, de galeras y de armas, y los gastos, las campañas, las etapas y las batallas necesarias para llegar á Constantinopla. También Sully calcula con igual cuidado las fuerzas de Enrique IV y las de sus aliados, la caballería, la infantería, los cañones, las soldadas, las municiones y los víveres; en él encontramos la misma precisión en el ensueño. De Aubigné, otro hugonote, que escribía en el mismo tiempo que Sully y que había recibido las confidencias de éste, atribuía á Enrique IV el proyecto de emancipar á todos los súbditos de España, conquistar Milán con el duque de Saboya y los venecianos, dar Nápoles al papa, los Países Bajos á Mauricio de Nassau y el Imperio al duque de Baviera y enviar las flotas de Francia, Holanda é Inglaterra á la conquista de la India.

A todas estas utopías agregó Sully las visiones que en su larga vejez le sugirió el despecho de su impotencia. Desde la muerte del rey su soberano, vivió en la desgracia; vió el comienzo, el medio y pudo prever el fin de la carrera de Richelieu; presencié, ocioso é inútil,

(1) C. Pfister, *Les Economies royales de Sully et le Grand Dessain d'Henri IV*, passim, y sobre todo págs. 80-83.

el éxito de una política dirigida contra la casa de Austria; y de seguro que entonces se dijo, y acabó por creerlo, que Enrique IV, si hubiese vivido, habría hecho otro tanto, si no más. Y puso todo su cuidado y ningún escrúpulo en convencer de ello á la posteridad.

CAPITULO VII

LA MUERTE DE ENRIQUE IV (2)

I. Fuga del príncipe y de la princesa de Condé. — II. Sesgo belicoso de la cuestión de Cléveris. — III. Preparativos de guerra y aumento de impuestos. — IV. La muerte del rey.

I.— Fuga del príncipe y de la princesa de Condé

¿Cómo se explica que Enrique IV, tan prudente y tan pacífico, se volviera agresivo y atrevido á principios de 1602 (3)? Probablemente hay que buscar la causa de esto en él mismo: sus costumbres jamás habían sido buenas y con la edad no mejoraron. En 1608 tenía cincuenta y cuatro años, su cabello había encanecido y sus facciones se habían estirado y apergaminado, pero no había menguado su galantería. Después de Enrique-

(2) FUENTES: *Lettres missives*, VII y VIII. *Les amours du grand Alexandre*, «Archives curieuses», 1.^a serie, XIV. Mariscal de Bassompierre, *Journal de ma vie*, publicado por el marqués de Chanterac, «S. H. F.», I. Virey, *L'Enlèvement innocent ou le rapt clandestin de Mgr. le Prince avec Mme. la Princesse*, 1609-1610, pub. por Halphen, 1859. *Correspondance de Pecquius avec les Archiducs*, publicada por el duque de Aumale como apéndice de la *Hist. des princes de Condé*, tomo II. *Ambassades de M. de la Boderie en Angleterre sous le règne de Henri IV et la minorité de Louis XIII, depuis les années 1606 jusqu'en 1611, 1750*, tomo V. Barozzi y Berchet, *Relazioni dagli ambasciatori veneti al senato*, Francia, I. *Instructions données par Henri IV à ses députés en Lorraine*, publ. por L. Davillé, «Annales de l'Est», XV, 1901. L'Estoile, *Mémoires journaux*, IX y X. *Mémoires du duc de la Force maréchal de France*, publicadas por el marqués de la Grange, I, 1843. Legrain, *Décade de la vie de Henri le Grand*. D'Aubigné, *Histoire universelle*. IX. (Matthieu), *Histoire de la mort déplorable de Henri IV...*, 1612. *Procès, examen, confessions et négations du méchant et exécration parricide François Ravalliac*, «Mémoires de Condé», VI.

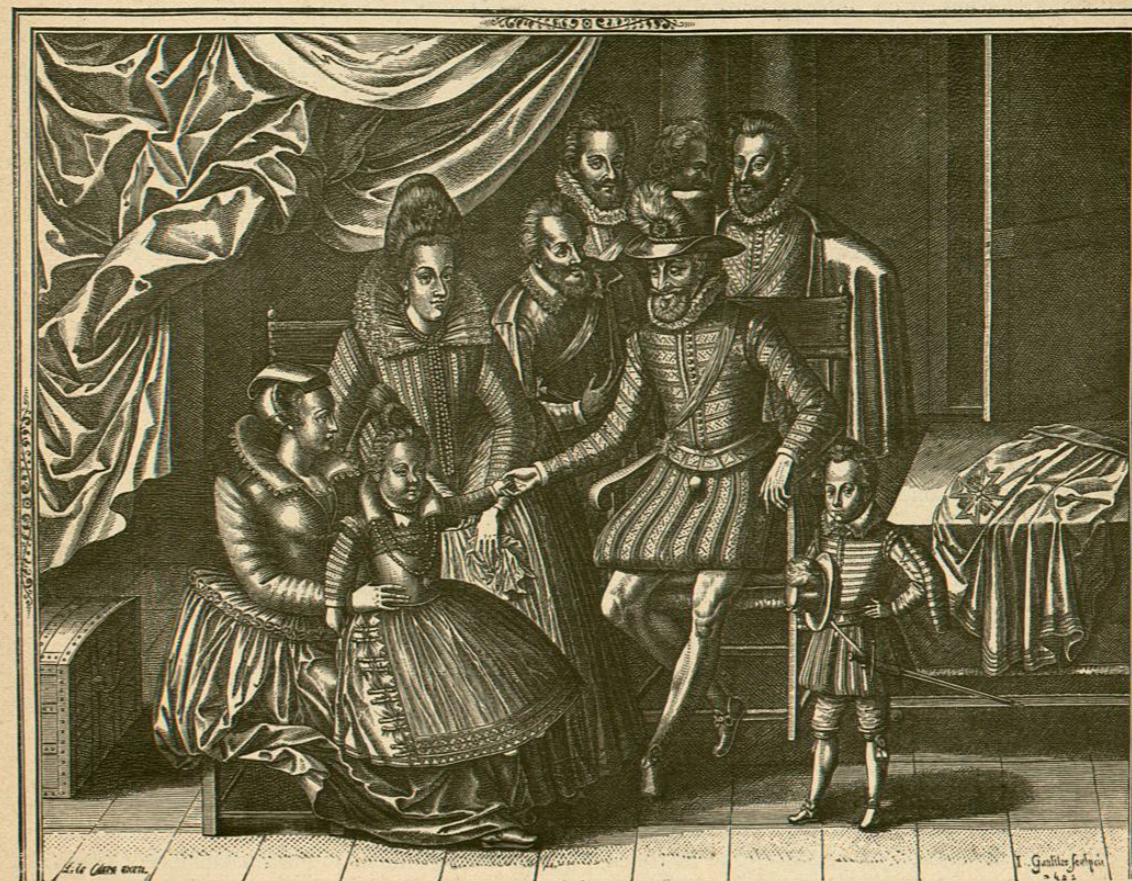
OBRAS DE CONSULTA: Victor Siri, *Memorie reconditte* (1608-1612), 1679. Henrard, *Henri IV et la princesse de Condé*, 1885. G. Hanotaux, *Etudes historiques sur le XVI^e et le XVII^e siècle en France*, 1886. Mercier de Lacombe, *Henri IV et sa politique*, Didier, s. d. Philippson, *Heinrich IV und Philipp III*, III, 1876. Anquez, *Henri IV et l'Allemagne*, 1887. Gardiner, *History of England*, II, 1889. Willert, *Henry of Navarre*, 1900. Dr. Wilhem Schreiber, *Maximilian I der Katholische, Kurfürst von Bayern*, 1868. Stieve, *Der Ursprung des dreissigjährigen Krieges* (1607-1619), 1875. L. Davillé, *Les relations d'Henri IV avec la Lorraine de 1608 à 1610*, «Rev. Hist.», LXXVII, 1901. Ricotti, *Storia della monarchia piemontese*, III. Carutti, *Diplomazia della casa di Savoia*, II. Bertoldo Zeller, *De Dissolutione contracti apud Brusolum foederis*, 1886. El P. J. de La Serriere, *De Jacobo I Anglia rege cum cardinali Roberto Bellarmino super potestate cum regia tum pontificia disputante* (1607-1609), 1900.

(3) La Boderie, embajador de Francia en Inglaterra, que había sido destituido en julio de 1609 á pesar de la apertura de la sucesión de Cléveris, fué enviado de nuevo á su puesto en enero de 1610. En 16 de febrero de 1610, Pecquius anuncia al archiduque Alberto, de quien era representante en París, que sabe de un modo cierto que el rey ha resuelto «ayudar á los príncipes de Brandeburgo y de Neuburgo contra Su Majestad Imperial, y lo hará pronto»; la guerra ha sido decidida en un consejo celebrado en el Arsenal. En 22 de febrero, Villeroy escribe á La Boderie que Enrique IV pagará este año las sumas prometidas al rey de Inglaterra á menos que «entre en guerra con el rey de España.»

ta de Entragues, convertida en duquesa de Verneuil, ó simultáneamente con ella, tuvo por querida á Jacobita de Bueil, á la que hizo condesa de Moret, y á Carlota des Essarts, hecha condesa de Remorantin, sin contar las favoritas pasajeras. El rey cristianísimo vivía entre todas sus mujeres, incluso su esposa legítima, muy ocupado con los hijos y las hijas que de ellas tenía, á saber, seis legítimos y ocho naturales, pareciéndose bastante su corte al harén del Gran Turco.

Entonces decidió á Bassompierre á que, por su lealtad hacia él, se retirara.

Enrique IV temía que Carlota, si se casaba con aquel guapo caballero, le amaría demasiado, y por esto la destinaba al príncipe de Condé, torpe y desabrido, poco á propósito para inspirar una pasión. Según explicaba á Bassompierre, sólo pretendía favores confesables: «Será el consuelo y la distracción de la vejez en que voy á entrar.» Condé se declaró; el contrato se firmó en el



Enrique IV y su familia, copia de un grabado en cobre hecho en 1602 por L. Gaultier

En 1608 presentóse por vez primera en la corte Carlota, hija del condestable, joven de quince años, radiante de frescura y de una belleza que prometía ser soberbia. Entre sus adoradores, distinguió Carlota á un hidalgo lorenés, Bassompierre, que contaba veintinueve años y á quien Enrique IV y las damas dispensaban su favor. El condestable aprobaba la inclinación de su hija, pero el matrimonio, que se había fijado para fines de enero de 1609, se deshizo á consecuencia de la oposición del duque de Bouillon, sobrino del condestable, y de la intervención inesperada del rey.

En 16 de enero de 1609, asistía Enrique IV al ensayo de un baile antiguo que habían de representar las damas y las hijas de la reina; Carlota, al desfilar entre las «ninfas de Diana», se encontró enfrente del rey y con ademán provocador le apuntó con el dardo de que iba armada. El monarca se sintió flechado y en los días siguientes, durante un ataque de gota que le tuvo en la cama y con ocasión del cual muchas damas le visitaron, la vió demasiado á menudo para su tranquilidad. En

Louvre el 2 de marzo y la boda se celebró el 17 de mayo. Corta fué la dicha de Condé, pues Enrique IV, como héroe verdadero de la *Astrea*, cometió extravagancias por Carlota, que con ellas se divertía y se sentía halagada. Una vez la quiso ver con la cabellera suelta y puesta sobre un balcón entre dos antorchas; otra, corrió la sortija con golilla perfumada y mangas de raso de China.

Condé, en cuanto se percató de las asiduidades del rey, llevóse á la princesa al castillo de Valery, pero recibió orden de regresar á la corte. Enrique IV habló de «descasarle» y, en el entretanto, de tener á Carlota bajo su custodia; en vista de lo cual el príncipe resolvió realizar un rapto, que bien puede llamarse «inocente», y en 29 de noviembre de 1609 partió de Muret, pasó la frontera y se puso bajo la protección de los archiduques Alberto y Clara Isabel Eugenia, soberanos de los Países Bajos bajo la soberanía feudal del rey de España, Felipe III.

El rey tuvo noticia de aquella fuga el mismo día: «No

he visto nunca, dice Bassompierre, á un hombre tan desatinado y fuera de sí.» Inmediatamente ordenó al jefe de ronda que saliera en persecución de los fugitivos y después los reclamó al archiduque por conducto de Praslin, capitán de guardias. Alberto no podía dignamente entregar al rey de Francia á un príncipe de la sangre que le pedía asilo contra un seductor omnipotente, y por otra parte no quería ofender á Enrique IV, á quien estaba agradecido por la tregua de doce años.

Por esto ofreció su mediación amistosa é intervino sinceramente para buscar un acuerdo, pero el rey quería una sumisión incondicional y el regreso inmediato, al paso que Condé reclamaba una plaza de seguridad en la frontera con una buena puerta trasera á fin de poder pasar al extranjero á la más pequeña alarma.

Había en la corte de Bruselas muchos españoles que no temían la guerra con Francia; y el famoso Espinola, que no había sido insensible á la belleza de la princesa, excitaba á Condé á que se prevaliese de sus derechos de primer príncipe de la sangre y hasta á que disputase la legitimidad del segundo matrimonio de Enrique IV.

El rey, en el entretanto, amenazaba, por lo que Condé, no creyéndose seguro en Bruselas, confió su esposa á la archiduquesa (21 de febrero) y se refugió en Milán, en donde mandaba Fuentes, enemigo declarado de Francia y de Enrique IV (31 de marzo).

Con la marcha de Condé no disminuyeron los apuros del archiduque. No era el regreso del príncipe, sino el de la princesa, el que más ardentemente deseaba el rey, quien después de haber intentado hacerla robar en Bruselas, obligó al condestable de Montmorency á reclamarla. El archiduque contestó que no podía entregar á la princesa sin la orden de su marido ó cuando estuviera decretado el divorcio.

La pasión del rey se exasperaba desde que éste tenía motivos para creerla correspondida. Carlota, niña de diez y seis años, se aburría en el destierro, lejos de los suyos y de la corte francesa, y no rechazó los presentes ni las cartas del monarca. Las personas que la rodeaban, y la embajadora de Francia, la señora de Berny, no cesaban de entonarle las alabanzas de su coronado adorador; y á sus manos llegaban versos en los que Malherbe narraba en términos patéticos el dolor del gran Alcandro. Pero el mismo Enrique ¿no se mostraba acaso más conmovido en una carta dirigida á uno de sus agentes? «...Escribo á mi bello ángel... Estoy tan decaído por causa de mis angustias que no tengo más que la piel y el hueso. Todo me disgusta, huyo de las compañías, y si para cumplir el derecho de gentes me dejo llevar á alguna reunión, en vez de divertirme, acaba esto de matarme» (20 de febrero). Ella, á su vez, le llamaba «su corazón» y le suplicaba que, como caballero suyo, procurara libertarla.

Enrique hacía responsables de sus penas de amor al archiduque y á los españoles, y ya en 9 de diciembre enviaba á decir al papa que si aquél ó éstos pensaban aprovecharse de la persona del príncipe para hacer y conservar clientela en su Estado, él contaba con más medios y más valor que nunca para sentirse y vengarse de las injurias y ofensas que pudieran serle inferidas.

El archiduque se portaba de un modo irreprochable; sin mostrarse terco había guardado su dignidad y no había sido culpa suya que Condé no se hubiese recon-

ciliado con el rey. En cambio, Felipe III y su Consejo, aunque no habían previsto ni preparado la fuga, preguntábanse ahora qué partido podrían sacar de ella, y á medida que la situación se agravaba por el lado de Enrique IV, conveniales más tener como aliado al primer príncipe de la sangre, porque en caso de estallar la guerra, Condé, cuyo nombre era caro á los reformados, podría servir de lazo de unión entre los hugonotes y los católicos descontentos.

II.—Sesgo belicoso del litigio de Cléveris.

El litigio de Cléveris y de Juliers, que hacía ocho meses se negociaba lentamente, revistió de pronto, á fines de 1609, un carácter agudo. El día 11 de julio de 1609, Puisieux, yerno de Villeroy y que le ayudaba en sus funciones de secretario de Estado, escribía á La Boderie, nuestro embajador en Londres, que el elector de Brandeburgo y el duque de Neuburgo habían llegado á un acuerdo amistoso para evitar una usurpación de la casa de Austria, y que el rey los ayudaría con su «consejo» y autoridad, «siempre con intención de mantener la paz pública en España.» Pero en 17 de enero de 1610 el mismo Puisieux anunciaba á La Boderie que se intimaría á Condé su regreso y que si después de esto los españoles y otros seguían favoreciéndole, «el rey no sufriría tal afrenta.» Otro cambio y también por la misma causa: así como en los primeros meses de 1609 Enrique IV pensaba, en caso de tener que intervenir en Cléveris, llevar allí sólo de 7 á 8.000 hombres, en abril de 1610 escribía al nuncio que «los disgustos» que le proporcionaban los archiduques y el rey de España le daban «motivo para hacer un ejército de más de 30.000 hombres.» Como España, después de sus acusaciones y de sus amenazas, estaba menos resuelta que nunca á abandonar al emperador, puede decirse que se preparaba una guerra general.

Sin esforzar mucho la imaginación puede creerse que la princesa era la causa principal de los armamentos. Villeroy confesaba á Pecquius, representante de los archiduques en París, que de parte de su soberano «hay pasión y que si se quiere poner remedio al caso de la princesa, habrá medio de arreglar y apaciguar todo lo demás...; pero si la dicha princesa permanece en donde está, nos hallamos en víspera de una ruptura que podrá prender fuego en los cuatro ángulos de la cristiandad (1).» El 28 de abril, Puisieux anunciaba á La Boderie que el rey había resuelto ir en persona, «molestado por el caso que se hace del príncipe y por el trato que se da á la princesa.»

Jeannin también decía á Pecquius que si «se remediaba lo de dicha princesa, se arrancaría la espina más grande que causa el mal y se abriría un camino para que todo se arreglara» (14 de abril). Por último, el propio Enrique IV declaraba únicamente al nuncio Ubaldini que si el archiduque y el rey católico le demostraban su amistad restituyendo la princesa de Condé á su padre, podrían arreglarse los asuntos de Juliers, y que en todo caso, si había necesidad de en-

(1) Véanse en las cartas de Pecquius al archiduque, publicadas como apéndice por el duque de Aumale, II, pág. 448-549, la de 19 de abril, pág. 525, y la de 30 de abril, pág. 546.

viar allí tropas, cuatro mil hombres serían bastantes (28 de abril de 1610); y en la misma época confesaba al Padre Cotón que haría la guerra para recobrar á la princesa (1). La nueva Elena, como la llamaba Pecquius, amenazaba provocar otra guerra de Troya.

Enrique IV quería persuadir á los príncipes alemanes de que sólo en interés de ellos hacía preparativos militares; pero los católicos no se dejaron convencer de su amor á las libertades germánicas, así es que el duque de Baviera rechazó sus proposiciones y los electores de Colonia, Tréveris y Maguncia ayudaron al archiduque Leopoldo. Hasta se había formado una santa Liga católica compuesta del duque de Baviera, de los obispos de Wurzburg, Passau y Augsburgo y de los tres Electores eclesiásticos (10 de julio de 1609); y aun corrían rumores de que iba á constituirse otra liga en la que entrarían el rey de España y el papa.

Los protestantes continuaban divididos. El más poderoso de los príncipes luteranos, Cristián II, elector de Sajonia, se inclinaba del lado del emperador, y los miembros de la Unión evangélica, aunque no todos eran partidarios de la guerra, necesitaban al rey de Francia contra sus enemigos que se coligaban y, en su consecuencia, resolvieron, bien que de muy mala gana, ponerse de acuerdo con él para arreglar el asunto de la sucesión de Juliers.

El embajador del rey, Boissise, y la Unión se comprometieron por el tratado de Hall (11 de febrero de 1610) á proporcionar al Elector de Brandeburgo y al duque de Neuburgo un socorro en hombres; y si Francia, á causa del apoyo que prestaba, se veía atacada por los españoles, los unidos la ayudarían con 4.000 infantes y 1.000 jinetes, con tal, sin embargo, de que no tuviesen ya guerra abierta en territorio de Juliers y dependencias ó en sus propios Estados. Asimismo los de la Unión consentían, á petición de Enrique IV, en no firmar ninguna paz separada, pero haciendo reservas significativas: «Recordando por diversas declaraciones de Su Majestad cuánto desea ésta procurar y mantener la paz en general y particularmente la de Germania, tienen la seguridad de que se presentará ocasión de salir de este enojoso asunto por medio de tratado ó de acuerdo. Y á Su Majestad no le será desagradable esta vía porque se entiende que Su Majestad queda comprendido en ella.» En este caso se declaran «conformes» con no firmar nada sin el parecer del rey (2).

Por otra parte, entendían que este servicio se les hacía gratis; de modo que Boissise no pudo conseguir de ellos que se obligasen á apoyar al rey y, después de él, al Delfín, contra una posible sublevación de los hugonotes (marzo), hasta el punto de que declararon «que antes que dar tal seguridad, preferían dejar el asunto de Cléveris.» Fue preciso, pues, contentarse con una declaración escrita del Elector Palatino en que se consignaba que el rey nunca tendría de ellos motivo alguno de queja.

Inglaterra había prometido un socorro de 4.000 hombres ó una suma equivalente de dinero á los candidatos protestantes que se habían posesionado de la

(1) Relato del nuncio y del P. Cotón á Pecquius en una carta de Pecquius del 28 de abril, id., págs. 542 y 543.

(2) Dumont, *Corps diplomatique*, V-2, pág. 136.

herencia de Cléveris, y Enrique IV, que estaba de acuerdo con ella para apoyar á los príncipes ocupantes, le propuso formar una liga defensiva; pero Jacobo I se negó á ligarse por medio de un tratado de garantía recíproca. Las cartas en que el rey de Francia le denunciaba las pretensiones de la casa de Austria á la Monarquía universal, no tenían fundamento alguno contra Felipe III y Rodolfo II. Jacobo, decía hablando de la loca pasión del rey por la princesa de Condé, «que no era amor, sino más bien villanía, querer corromper á la mujer de otro;» y después de muchas negativas encubiertas, acabó por declarar á nuestro embajador, La Boderie, que no tenía razón alguna para romper con España y con Austria (abril) (3).

Enrique IV creía poder contar con seguridad con los holandeses, que le estaban obligados, y en efecto habían declarado que le apoyarían en la cuestión de Juliers y le facilitarían un socorro de 8.000 hombres; pero cuando les pidió (fines de enero de 1610) que atacaran los Países Bajos, se resistieron á romper la paz (4) y hasta se negaron á pagar el sueldo de los regimientos franceses que estaban á su servicio, á partir del día en que emprendieran la marcha contra Juliers.

Paulo V hacía todos los esfuerzos imaginables para mantener la paz entre las grandes potencias católicas; pero es indudable que, en caso de estallar una guerra, sus simpatías habían de ser para el emperador, para España y para la Liga católica contra los candidatos protestantes á la sucesión de Cléveris y contra Enrique IV, su aliado. Los despachos de Ubaldini, nuncio en París, son tan claros que no pueden serlo más, y el mismo Enrique IV se lamentaba de que Su Santidad hubiese prometido á los embajadores de los electores y príncipes católicos que les ayudaría con dinero.»

Los venecianos acogieron fríamente la idea de una alianza con Francia contra España, pues su deseo era mantenerse neutrales.

Enrique IV no tenía en Italia más que dos aliados, el duque de Mantua, príncipe insignificante, y el duque de Saboya. Habíase concertado el matrimonio de Isabel, hija mayor del rey, con Víctor Amadeo, primogénito de Carlos Manuel (noviembre de 1609), y sólo faltaba fijar las condiciones del enlace.

Hasta entonces el duque de Saboya era el que más prisa se había dado por firmar el trato y entrar en campaña, y aun en los primeros días de enero de 1610 ofrecía al rey, que vacilaba, devolverle como plazas de seguridad Niza y Montmelian si quería declarar la guerra; mas cuando vió á Enrique IV resuelto á vengar en Cléveris la negativa de Bruselas, se hizo, á su vez, de rogar y presentó sus condiciones.

En las nuevas instrucciones dadas á Bullión (28 de marzo de 1610), ya no se atrevía el rey á hablar de la cesión de Saboya después de la conquista de la Lombardia; se contentaba con Montmelian y pedía que durante la guerra le dejasen ocupar militarmente la ciudad y el castillo de Pignerol; pero Carlos Manuel se negaba á toda cesión, fuese ó no temporal, y quería que la boda se celebrase inmediatamente y que la novia fuese llevada á la corte de Saboya. Enrique IV se

(3) Philippson, III, págs. 435 y 437.

(4) Ídem, id., pág. 438.